



FRANCESCO BARILLI · ALESSANDRO RANGHIASCI

# SÓCRATES



la otra h

*Título original:* Socrate

*Traducción:* Antoni Martínez Riu

*Diseño de la cubierta:* Alessandro Ranghiasi/la otra h

© 2019, BeccoGiallo S.r.l., Padua - a través de Am-Book Inc. ([www.am-book.com](http://www.am-book.com))

© 2025, la otra h, Barcelona

ISBN: 978-84-16763-94-8

*Imprenta:*

*Depósito legal:* B-xxxxx-2025

*Impreso en España – Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com))

**la otra h**  
[www.laotrah.com](http://www.laotrah.com)

# LA HERENCIA DEL ALMA

por Stefano Cardini\*

*Sócrates es culpable de no reconocer a los dioses que la ciudad reconoce y de introducir otros nuevos; es culpable también de corromper a los jóvenes. La pena debida es la muerte.*

Diógenes Laercio, *Vidas de filósofos ilustres*

Es difícil, abriendo un libro, o simplemente topando con el nombre de un autor clásico de la filosofía, que nos venga a la mente un aspecto significativo de la época en que vivió. Menos aún que seamos conscientes de cómo condujo su vida cotidiana, aunque eso es asunto conocido por los especialistas. No estamos hablando, obviamente, de simples nociones biográficas o bibliográficas: estas habitualmente las encontramos pedantemente resumidas con el título de «vida y obras» y pronto, con razón, las olvidamos. Nos referimos a las batallas de la vida libradas, a las victorias, a las derrotas, a las relaciones humanas y a las enemistades que han salpicado su existencia; ese horno de la historia en el que se han forjado las palabras de los filósofos que todos usamos (verdad, justicia, belleza, bondad, ciencia, moralidad, democracia), no sin incertidumbres, oscilaciones, conflictos, comedia y drama.

Pensemos en Platón, el filósofo que a caballo entre los siglos v y iv a.C. fundó con su Academia la primera escuela filosófica. Oyendo su nombre, es muy difícil que nos imaginemos cómo la primera utopía social trazada en sus diálogos, la revolucionaria y fecundísima idea de plasmar el cuerpo social y el cuerpo individual a través de una *paideia* pública, haya surgido como respuesta a una guerra civil y al golpe aristocrático de los Treinta Tiranos, luego sanguinariamente frustrado, a consecuencia del cual abandonó su patria para enfrentar un largo y

\* Stefano Cardini es periodista. Fue alumno de Giovanni Piana, con quien se licenció en Filosofía en la Università degli Studi de Milán. En 2009 contribuyó al nacimiento de *Persona, Centro de Ricerca in Fenomenologia e Scienze della Persona* de la Università Vita-Salute San Raffaele, dirigido por Roberta De Monticelli. Es creador del blog *Phenomenology Lab* y colabora en la revista internacional *Phenomenology and Mind*.

voluntario exilio. Sin embargo, la Academia fue ante todo una escuela de ciencia política, cuya tarea, a la que atendió durante cuarenta años, era formar una nueva generación de políticos capaces, a través de la acción y de la persuasión, de asumir la guía de la Hélade para hacer de ella una sociedad más justa. La filosofía de Platón, entonces, podríamos verla surgir en la mente del joven filósofo no mientras reflexiona, inclinado sobre los libros, en la proverbial torre de marfil del sabio, sino asistiendo desolado, mezclado con el pueblo del ágora, a la condena a muerte de su maestro Sócrates por parte del tribunal de una democracia violentamente recién restaurada. O bien mientras es rescatado por Arquitas, rey de Taranto, de la prisión a la que el tirano siracusano Dionisio lo condenó, temeroso de que conjurase contra él. No se trata, por supuesto, de reducir el pensamiento a biografía, disolviéndolo en las anécdotas de la existencia. Sino de intentar ponernos literalmente ante los ojos lo que la filosofía, a despecho de todos aquellos que ritualmente declaran su ya próximo ocaso, es y siempre será: teoría y al mismo tiempo praxis, que da sentido y, por lo tanto, orientación, a nuestro mundo y a nuestra vida. Acción.

Hace algunos años compartí con Francesco Barilli y otros amigos estas reflexiones mías. Yo ya había colaborado con él en un proyecto anterior y por eso había tenido la oportunidad de apreciar sus cualidades como guionista de novela gráfica. De modo que le pregunté si precisamente este tipo de género narrativo se prestaba felizmente a contar la *philosophia de vivo*, sacándola de los polvorientos estantes que la hacen aparecer a veces como una cháchara vacía y pedante, que no ofrece soluciones y complica más bien los problemas, como sugieren también expresiones despectivas de uso común como «filosofar». Cuando Francesco hace unos meses me anunció haber llevado a cabo la empresa, gracias también al trazo filológico, pero rico en agudas e imaginativas sugerencias de Alessandro Ranghiasi, me sentí muy feliz. Y aún más ahora, después de haber hojeado las páginas de este *Sócrates*.

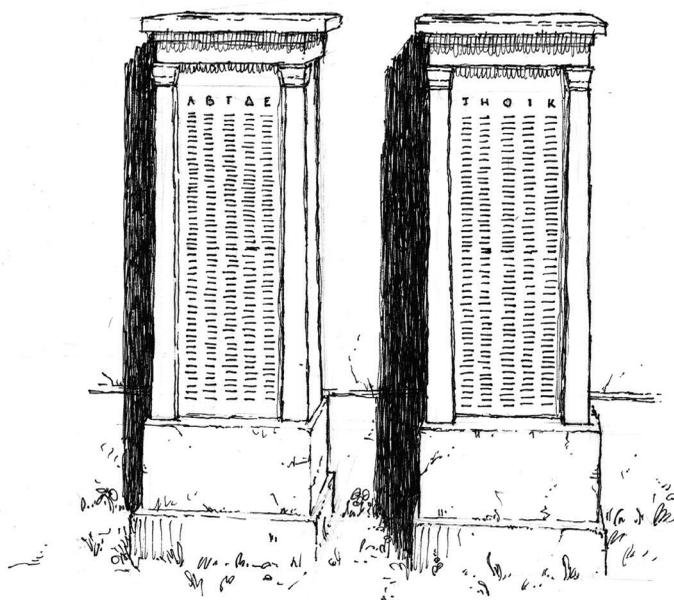
*Sócrates: la vida, el proceso, la muerte*

No hay muchos destinos individuales que hayan influido en la historia como el del hombre que, con toda razón, es considerado el padre de la filosofía y, por consiguiente, parte eminente de nuestra cultu-

ra. Pero ¿quién fue Sócrates? Para entenderlo no podemos leer sus obras, porque no escribió ninguna. Su vida y sus enseñanzas fueron transmitidas por escrito por otros, entre ellos, de un modo particular, por Platón, su alumno. Pese a la variedad de aspectos, tradiciones e interpretaciones, es posible encontrar, no obstante, algunos núcleos estables de su figura. Y el primero y más importante es el hecho de que Sócrates en el año 399 a.C. fue condenado a muerte por el tribunal de su ciudad natal, Atenas, como consecuencia de la acusación promovida por algunos conciudadanos de no reconocer a los dioses de la ciudad y de corromper a los jóvenes. Son acusaciones hoy no muy fáciles de comprender. Pero, examinadas a fondo, es posible darse cuenta de cómo en ellas resuena el eco de problemas actualísimos como los que se refieren a lo que distingue la ciencia de la opinión, el poder de la fuerza del poder de la ley, la ley humana de la divina, al hombre justo, que no calla ante la verdad, del simple ciudadano cumplidor de sus deberes.

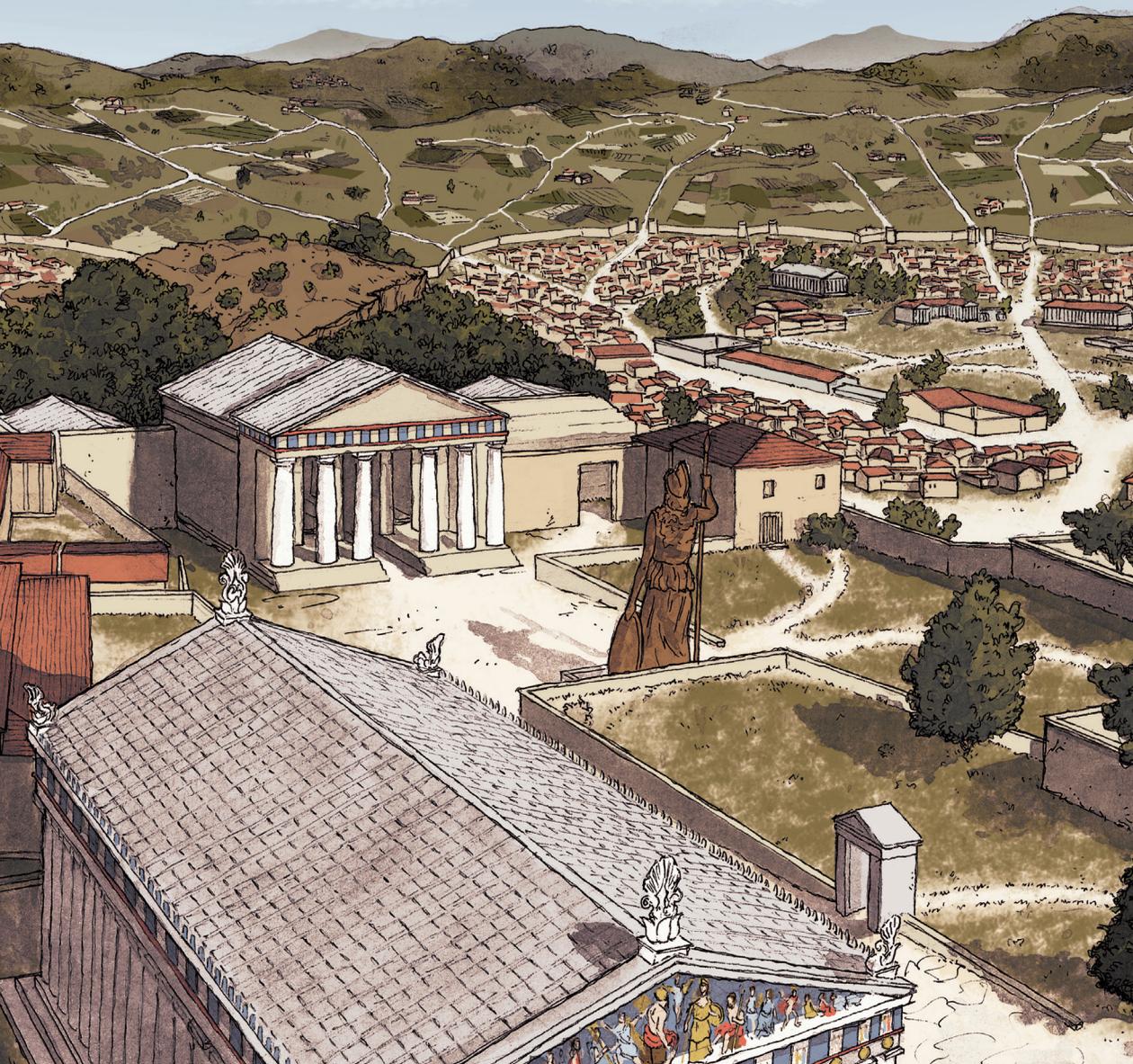
Pues bien, esos problemas encontraron, en aquella hora dramática, su primera formulación racional. Y con ellos el primer método correcto de sacarlos a la luz, afrontarlos y solucionarlos. Como en otras ocasiones, de hecho, fue quizá precisamente el sacrificio del inocente Sócrates lo que propició su éxito. Porque a menudo la injusticia es tristemente más noticiable que la justicia. En las páginas que siguen se tocan todos los puntos esenciales de la lección socrática. Pero quisiera detenerme en uno que de un modo original los autores destacan. Se refiere a la relación no tan obvia entre amor y política. Amor se puede decir de muchas maneras. Y es oportuno no caer en anacronismos, confundiendo los ritos consumistas de san Valentín con la potencia de renovación de Eros, el dios terrible del rostro oculto de la cultura griega. Ese dios, sin embargo, es siempre huésped de nuestras vidas, y no por casualidad ninguno de nosotros nace solo, sino que vive envuelto por los cuidados humanos que lo han anunciado, acogido, protegido, desarrollado como germen y promesa de un futuro mejor para todos. También la gratitud por este don puede leerse en las últimas palabras de Sócrates dirigidas a aquel hombre o semidiós que, como Prometeo, aunque de otra manera, sustrajo a los dioses no el fuego de Hefesto, que forja monedas y armas, sino el secreto arcano del cuidado. La curación del cuerpo. Pero, sobre todo, del alma que, en el recuerdo de la vida del hombre justo, deja fecunda herencia de sí mismo.

α





No podían los atenienses sino sentirse abandonados por los dioses en los terribles años que siguieron a la desastrosa derrota sufrida ante Esparta.





No entraron los espartanos al Pireo, el puerto de Atenas, solo gracias a las fuerzas de los soldados de Lisandro: una conjuración aristocrática había abierto el camino al enemigo.



Tenía el objetivo de restaurar el poder oligárquico bajo un gobierno que, tanto en las Asambleas como en los tribunales que abarrotaban la plaza, parecía estar a merced del furor popular.



A los conjurados se los llamó los «Treinta Tiranos», que tan pronto como conquistaron la ciudad, la precipitaron a una atroz guerra civil.



Los líderes democráticos reaccionaron. Pero luchas intestinas explotaron en el seno del mismo gobierno. Arrestos, ejecuciones y sangrientas rendiciones de cuentas destrozaron la ciudad durante más de un año...



hasta la reconquista del poder por la facción hostil. Sin embargo, Atenas no encontró la paz y empezaron nuevos procesos políticos.



Y a un hombre, que no había conspirado nunca, no se le perdonó haber sido amigo de dos protagonistas del golpe oligárquico: Alcibiades y Critias.



Yo, Platón, hijo de Aristón del demos de Colito, fui uno de sus alumnos.

Ese hombre se llamaba Sócrates. Se lo procesó por haber ofendido a los dioses de la ciudad y haber corrompido a la juventud.



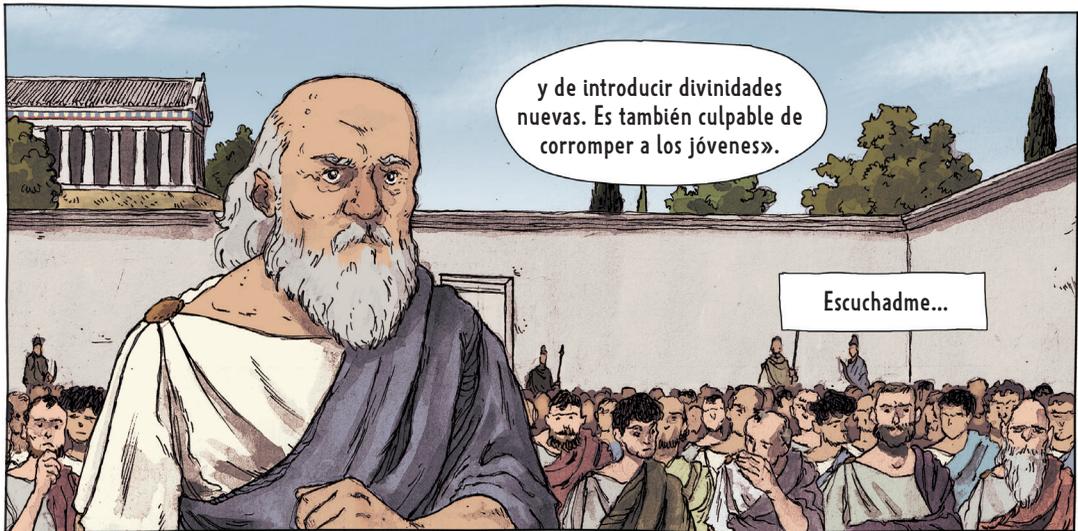
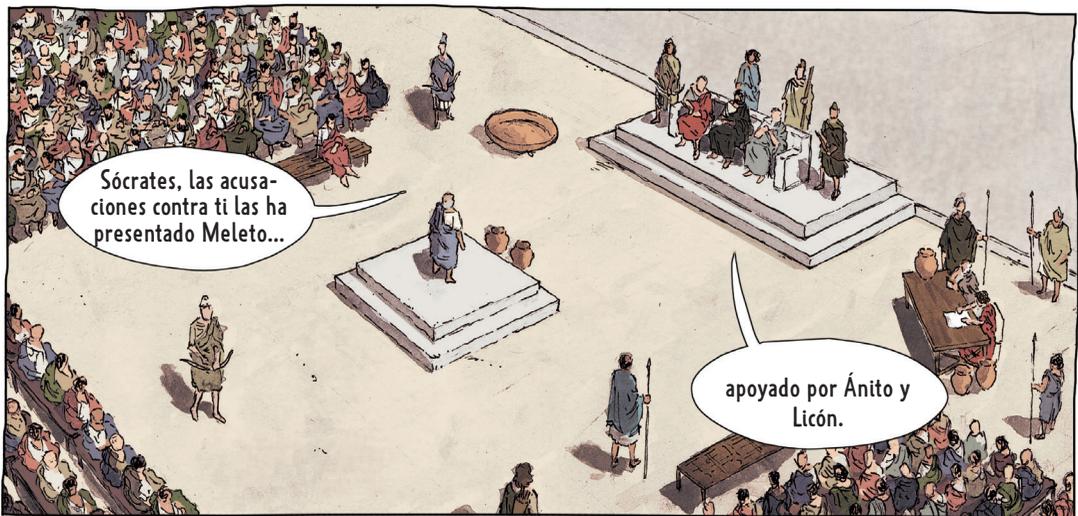
Se defendió con la única arma que, más que cualquier otra, se temía en aquella ciudad.

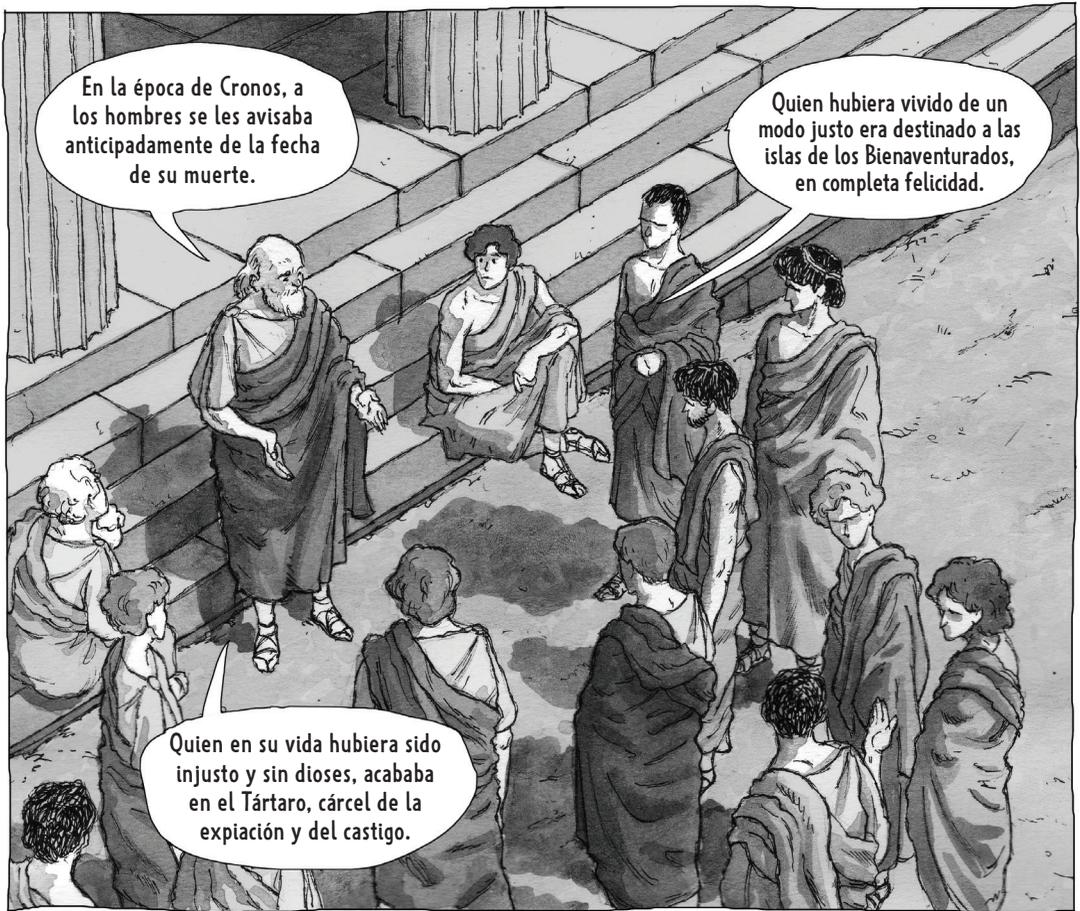


La palabra



El logos...





En la época de Cronos, a los hombres se les avisaba anticipadamente de la fecha de su muerte.

Quien hubiera vivido de un modo justo era destinado a las islas de los Bienaventurados, en completa felicidad.

Quien en su vida hubiera sido injusto y sin dioses, acababa en el Tártaro, cárcel de la expiación y del castigo.



Jueces de todos estos eran hombres vivos, jueces de otros hombres vivos, porque los evaluaban el mismo día en que debían morir.



Homero cuenta que Zeus, Posidón y Hades se repartieron el poder heredado del padre, y en principio mantuvieron esta costumbre.



Los imputados, sin embargo, se defendían con técnicas retóricas o falsos testigos. Se confundía a los jueces y sus sentencias eran a menudo erróneas.

Hades y los guardianes de las islas de los Bienaventurados se presentaron por lo tanto ante Zeus...



¡Zeus, hay que parar este desastre!

Llegan ante nosotros, desde todas partes, hombres que no merecen que se los mande allí.



Entiendo, de lo que me decís, que muchos, aun teniendo almas malas, cuando se celebra el juicio lucen cuerpos hermosos, nobleza y riquezas, y llevan testigos a su favor, según los cuales ellos vivieron rectamente.



Los jueces se dejan impresionar por esas cosas, lo sé. Pero voy a hacer que esto no vuelva a ocurrir.



Como primera medida, hay que impedir que los hombres puedan prever su propia muerte. Ya he dado instrucciones a Prometeo para que ponga fin a esta previsión.



¡Que sean juzgados desnudos y después de morir! El juez debe contemplar el alma de cada uno inmediatamente después del fallecimiento. Sola y sin toda su parentela.



Sobre la tierra han de quedar todos aquellos ornamentos para que la sentencia sea justa.

Ya he nombrado a tres de mis hijos, de entre los más sabios. Ellos los juzgarán en el prado, en el trivio de donde parten los dos caminos, uno que lleva a las islas de los Bienaventurados, otro que lleva al Tártaro.



Radamantis juzgará a los hombres de Asia...



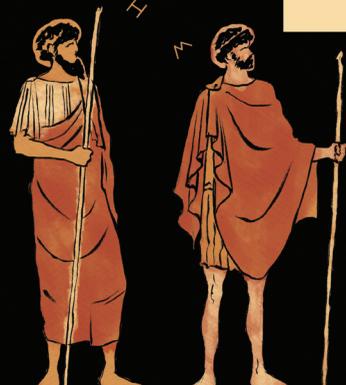
Éaco a los de Europa...



Y a Minos le asignaré el privilegio de árbitro asistente, cuando un caso no haya sido resuelto por los otros dos.

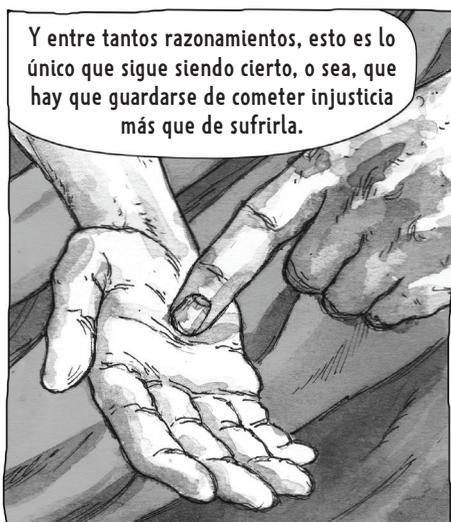


Cada individuo se enfrentará al tratamiento adecuado a su propia conducta en vida.



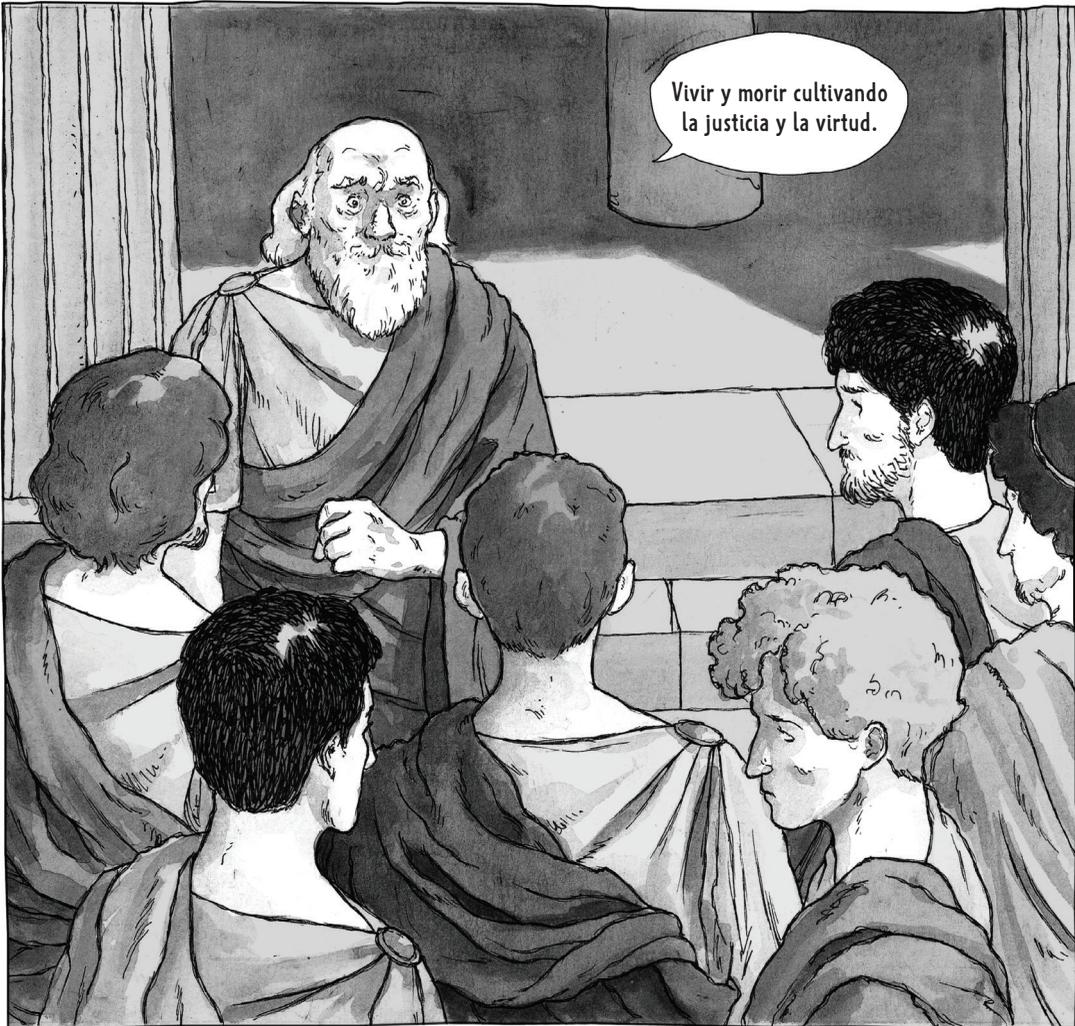
Mis hijos observarán sus almas, descubriendo las cicatrices de las acciones injustas llevadas a cabo, sin que su juicio sea desviado por chácharas.







Esta es, pues, la mejor manera de vivir.



Vivir y morir cultivando la justicia y la virtud.